

COLECCIÓN POPULAR

749

VOLVER A LA PIEL

GERARDO HORACIO PORCAYO

Volver a la piel



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2019

Porcayo, Gerardo Horacio

Volver a la piel / Gerardo Horacio Porcayo. – México : FCE, 2019

93 p. ; 17 × 11 cm – (Colec. Popular ; 749)

ISBN: 978-607-16-6404-4

1. Novela 2. Literatura mexicana – Siglo XXI I. Ser. II. t.

LC PQ7297

Dewey M863 P654v

Distribución mundial

Diseño de forro: Laura Esponda Aguilar

Imagen de portada: *Collage* con imágenes de iStockphoto

D. R. © 2019, Fondo de Cultura Económica

Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

www.fondodeculturaeconomica.com

Comentarios y sugerencias: editorial@fondodeculturaeconomica.com

Tel.: 55-5227-4672

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito
del titular de los derechos.

ISBN 978-607-16-6404-4

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

Capítulo I	11
Capítulo II	14
Capítulo III	21
Capítulo IV	26
Capítulo V	32
Capítulo VI	38
Capítulo VII	44
Capítulo VIII	52
Capítulo IX	61
Capítulo X	66
Capítulo XI	73
Capítulo XII	80
Capítulo XIII	85
<i>Epílogo</i>	92

*Para Ana y Steffi,
quienes han estado en, durante
y tras las metamorfosis*

CAPÍTULO I

ALEJO abrió los ojos y lo supo de inmediato: algo había salido mal, terriblemente mal en la operación.

Podía sentir todo, pero, como a través de un filtro, las cosas le llegaban atenuadas, disminuidas y hasta como impostadas.

Trató de incorporarse y la primera sensación genuina apareció en su horizonte de experiencias: dolor; un potente dolor subía desde el coxis y a lo largo de toda la columna vertebral hasta los hombros. Ese súbito efecto lo hizo girar hacia un costado. Justo hacia el botón que le permitía llamar a la enfermera. Sus manos se mostraron torpes al sostener el cilindro plástico y más aún al presionarlo.

La llamada de hecho no resultó silenciosa, sino lo contrario. En la cabecera se encendió una torreta con luces giratorias amarillas y en el sistema auricular del cuarto, una breve oración empezó a repetirse como disco rayado.

—Paciente 13, despierto. Esto no es un simulacro. Se requiere unidad de evaluación integral y la presencia de los médicos cirujanos en turno.

Algo había salido más que mal, en definitiva.

Alejo se giró para yacer sobre la espalda. Luego suspiró con algo que sonaba en exceso líquido, algo crepitante en su pecho.

*

Odiaba las esperas, aun más cuando se sucedían dentro de un escáner y todos los movimientos eran monitoreados y restringidos de acuerdo a las necesidades del aparato.

Era un tiempo muerto, en un momento en que él clamaba por vida. Algo seguía mal. No se trataba sólo del filtro mal calibrado que le entregaban los órganos de ese cuerpo. Había más. Una zona muerta, una especie de pausa abismal. Un precipicio entre dos instantes de vida. Uno que lucía insuperable.

Y el ambiente de aquel hospital no lo ayudaba en lo absoluto; todo el personal se había mantenido al margen, detrás de sus máquinas y aparatos. Ahora que lo pensaba, ni siquiera había intentado hablar. Todo su esfuerzo se había ido en apretar el botón de llamada... Y, tras ello, de seguro el desmayo lo alcanzó.

Y esa pausa, ese sector borrado, parecía repetirse... Era como una suerte de memoria flotante, como si enfrentara el día siguiente a una gran borrachera, con destellos que parecían recuerdos sucediéndose de forma desordenada.

Hasta ese instante había acatado todas las indicaciones que le llegaban por el sistema auricular, sin protestas ni confirmaciones.

Se aclaró la garganta. O quiso hacerlo; tardó bastante en encontrar la manera adecuada y, al fin, un gemido surgió de entre sus labios resecos, partidos... Ahora podía identificar la quemadura de la entubación, no sólo en la comisura izquierda de sus labios, sino también en la garganta y más abajo.

—Ayuda —logró articular. Y hubo una pausa en las

actividades. Una enfermera abrió la puerta de esa cámara de auscultación y se le acercó.

—¿Puede repetir eso?

—Ayuda... No entiendo... Algo va mal...

—Ahora todo va por buen camino. No se preocupe. Éste era el momento que más nos importaba... ¿Puede decirme su nombre?

—Soy Alejo Saer...

—¿La fecha de hoy?

—Ni idea... pero creo que es martes...

—¿El año?

—Ni idea... tengo todo revuelto... 2025 o 2052... No sé...

—¿Quién es el presidente de este país?

—Esto es una isla, sin presidente...

—Es una isla que pertenece a algún país. ¿Cuál es ese país y cuál su presidente?

—No lo sé...

—No se preocupe, don Alejo... Era de esperar algo como esto. No se angustie. Repose. Descanse mientras terminamos la evaluación...

—Necesito un espejo...

La enfermera giró la cabeza y buscó en un ángulo del cuarto. En el sistema de comunicación se escuchó la respuesta:

—Dale ese espejo, Florencia...

Más que entregárselo, lo colocó frente a él. Era del tamaño de una hoja carta.

Alejo se contempló. Gesticuló. Analizó sus arrugas.

—Por fin —dijo—. Por fin soy yo otra vez.

CAPÍTULO II

LA COSA pudiera quedar en el olvido, si no fuera parte de su vida, si no importara, de manera categórica, lo que ahí se desarrollaba.

Yacer en esa cama de hospital era lo de menos, enfrentado al caos de su memoria, al hecho de que, como se lo explicaran los doctores, sólo las remembranzas antiguas poseían la raigambre y la cronología suficientes para hacer de su memoria una cosa homogénea.

Nada estaba integrado. Todo lucía deshilvanado, desastrado... De pronto era como si muchas de sus historias de vida provinieran de los videojuegos, de películas favoritas, porque todo se disgregaba en cuanto los paralelismos se ponían de manifiesto.

Había periodos en que, según sus recuerdos, tres novias compartían su vida de manera paralela, inequívoca y casi total. Podía recordar cada rasgo, cada peculiaridad amorosa. Cada forma de besar, cada manía o tendencia.

Algo estaba mal. No paraba de decírselo a sí mismo y a cada uno de los miembros de ese hospital que se hubiera puesto a su alcance. Y nadie hacía nada para remediarlo.

El colmo ocurrió con la llegada del hombre de la habitación 14. Apareció ahí una mañana, con la bata mal puesta sobre su segunda piel de vendas que lo cubrían de pies a cabeza.

—Así que decidiste volver al mundo de los vivos. ¿Cómo se siente el rey sin corona? —le dijo, arrastrando con exasperante indolencia una silla de estructura metálica, más apropiada para una oficina que para aquel hospital del tercer mundo (ninguna evidencia parecía haber de otro tipo de calidad hospitalaria).

—Mil disculpas, pero creo que su familiaridad me resulta chocante, sobre todo porque no creo que nos hayamos conocido antes —le soltó Alejo, sin más reparos que un cateo visual a aquel hombre.

—Busca bien en esa cabecita tuya... Algo debes recordar. Tú eres el culpable de mi actual estado... Mínimo la culpa debe andar vagando por tu estúpida cabeza.

Alejo recorrió los dédalos de su memoria. Todo le sugería un accidente automovilístico. Se preguntó sobre su auto. ¿Acaso una camioneta Jeep, o una de esas tanquetas para civiles cuyo nombre se le escapaba? No sabía. Toda especulación lo remitía a una volcadura, a un accidente en carretera. A los momentos posteriores, con incendio, bomberos y ambulancia.

Su esfuerzo fue recompensado. Recordó un Lamborghini Diablo, una noche de arrancones, una silueta a su costado... Y el choque, las volteretas, las llamas que acudían con presteza a su asiento...

—¿Estábamos en una noche de arrancones?

El hombre de las vendas rió con un sonido hueco, profundo, que reverberó contra las paredes.

—Si te sirve de consuelo... puedes creer eso. Quizá recuerdes mi apodo... Me dicen el Regio... Acabo de cambiarlo, legalmente a Mawr...

Pues yo entiendo pura fregada, pensó Alejo.

—Mi memoria parece un gran queso gruyere... Está llena de huecos.

—Eso me dijeron tus médicos. ¿Sabes?, para mí, como para los regímenes dictatoriales, la ignorancia no te exime de la culpa. Tú me hiciste esto... Y si no pagas con más sangre es porque espero que pagues en créditos...

—Es evidente que esto no es parte de mi terapia de restablecimiento. ¿Cree en verdad ganar algo con estos desplantes?

—Para mí todo debe ser ganancia. Y tú me enseñaste eso. Gano con sólo verte la maldita cara de miedo. Por cierto, soy tu vecino del 14... Hay hospitales que cuentan a los pacientes por camas... Aquí es por cuartos que más bien son cubículos; el tuyo es la *suite*. Y hasta por eso vas a pagar —y se acercó de manera extrema.

Alejo podía percibir su esencia infecciosa, el múltiple tufo de los medicamentos tópicos.

—¿El alumno superó al maestro? ¿O qué?

El hombre repitió la carcajada.

—Muy buena. Vine a verte antes de que todo cambie. No creas que vas a librarte de mí. En un par de horas entro a cirugía. En cuanto pueda levantarme vengo a verte...

—Tómate todo el tiempo del mundo —dijo Alejo, con el enojo, la rabia, pululándole cada una de sus venas; tomó el mando de llamado de urgencia y lo apretó, sin quitarle la vista a aquella momia recalcitrante—. No pienso moverme de aquí... Pero ya vienen a llevarte lejos.

—Es cierto que arribaste antes a este hospital... Pero ni idea tienes de tu capacidad de influencia.

—Con dinero baila el perro —escupió Alejo.

—El rey sin corona va recordando que no es un mendigo...

—Ni un príncipe.

La puerta se abrió de golpe; tras la enfermera, un par de guardias de seguridad avanzó con paso firme y los *sprays* de cayena apuntando a la cara del Regio.

—Míster Mawr, sabe que no tiene permitido amedrentar a sus compañeros de hospital. Si persiste, tendré que llamar a la policía.

—La frase es: si persisten las molestias, consulte a su médico, idiota —dijo el regio Mawr y, tras librarse de las garras de los de seguridad, caminó con aire de realeza hasta la puerta y se perdió, flanqueado por los guardias, en el pasillo de la izquierda.

—Yo esperaré una mejor atención de su parte. De usted y de todo el personal que labora aquí... Después de todo, estoy pagando por estos servicios.

—Mil disculpas, don Alejo. Relajamos la vigilancia en un intento por reavivar su memoria... Y no nos equivocamos... Al menos ahora está seguro de su fortuna.

—Oh, claro, de mi buena fortuna...

—Yo hablaba más bien de la monetaria... Al filo de las cuatro de la tarde tendrá usted esa junta crucial y multinacional. Me pidieron que se lo recordara.

—Por supuesto, gracias...

*

A veces es así: precisas de un estímulo externo para darte cuenta de ti mismo.

Repentinamente, Alejo percibió esa falta de motivación. Todo le era ajeno. Tal parecía que esa sensibilidad mediatizada se había extendido a todo su ser. Que así como la vista le resultaba deficiente tras la operación, la agudeza táctil, auditiva, y hasta del gusto, habían bajado sus niveles y lo habían arrojado a esa extrema pasividad.

Adormilado, indolente... Insensible... In... conclusivo. Inconcluyente.

Identificó su enojo y empezó a espuelearlo. Consiguió sentarse y asir el botón para llamar a la enfermera. Lo presionó tres veces. Luego se apoderó del mando de la cama y empezó a manipularlo hasta sentarse y transformar aquello en un puerto para traslado a una silla de ruedas.

—La promesa de volver a los negocios ha sido estimulante, ¿verdad, don Alejo? —dijo la nueva enfermera, ingresando con una silla de ruedas mecánica.

—¿Cómo supo?

—¿De la silla?... Oh, bueno, estaba desayunando cuando llamó... Así que pude ver sus intenciones...

—¿O sea que soy vigilado todo el tiempo?

—Por supuesto.... Usted diseñó este hospital y sus protocolos particulares... Y al someterse a la operación no invocó ninguna cláusula de privacidad extrema y no revelable. Yo ni siquiera debería hablarle de esto, pero el doctor ha pedido que le ayudemos a recuperar la memoria.

Alejo se sostuvo del trapecio de apoyo y trató de deslizarse solo hasta la silla. La enfermera acudió hasta el momento crítico, cuando las piernas no respon-

dieron en lo más mínimo y lo sostuvo durante los centímetros que faltaban.

—Gracias... enfermera... ¿No se supone que mis piernas deberían responder mejor?

—No hay nada malo en su cuerpo, sólo necesita aprender a manejarlo. Necesita hacer sus ejercicios, cumplir el programa de rehabilitación entero. Su doctor le dará una semana para que consiga sus propios avances... Luego va a meterlo en la máquina de resarcimiento con ambiente VR...

—Nada de máquinas... Estoy harto de las máquinas...

—Necesita entonces empezar a esforzarse. La silla tiene todos los controles en ese *joystick* del reposabrazos derecho. ¿Quiere que lo lleve a recorrer las instalaciones o prefiere explorar solo?

—Solo... O todo lo solo que pueda con el sistema de monitoreo...

—Claro... Recuerde que hay zonas a las que no podrá ingresar, sobre todo por cuestiones relativas a contaminaciones virales o bacterianas. O por la sensibilidad del instrumental. ¿Alguna pregunta?

—Ninguna, gracias... enfermera...

—Yoilin... Ése es mi nombre... El botón de llamada es el rojo...

—Claro, gracias, Yoilin... —mientras revisaba los controles, escuchó los pasos de ella, alejándose.

Su caminar era apresurado; pese a su juventud, no mostraba fantasías estéticas sobre sí misma. Al menos en esa parte se podía reconocer del todo alejado de ella. Su principal proyecto iba encaminado hacia esa zona... Vivir aislado entre paredes de metal crea fan-

tasmas y añoranzas. La añoranza de piel quizá era una de las más grandes.

Y no pensaba desperdiciar más tiempo. Si ninguna otra cosa lograba estimularlo, quizá aquello tendría que convertirse en el genuino vector de su renacimiento.

CAPÍTULO III

DE ALGUNA manera había esperado que aquello fuera una parodia de junta, pero su realismo era innegable. Y terrible. Las presentaciones estaban adaptadas a un perfil de baja pericia. Algo diseñado para que un junior desobligado entendiera la panorámica de la empresa.

Eran cuatro expertos de edad madura y ya sólo faltaba uno en exponer.

—En otras palabras, estamos cerca de la quiebra... La diversificación del mercado no ha resultado exitosa y sus planes de recuperación dependen de una sola venta... Sé que están tratando de resumirlo todo... pero aún no veo de manera clara cómo es que tenemos tantas pérdidas. Las nuevas siglas me resultan además del todo ajenas.

—Ahí es donde entro yo —dijo el cuarto expositor—. Mi nombre es Alberto Hohenheim y estoy a cargo de las finanzas del laboratorio y de este hospital. Como recordará, más allá del éxito económico de sus empresas, existía un objetivo común que perseguir: su supervivencia y renacimiento. Se puede decir que la tecnología necesaria estaba en pañales cuando fue rescatado; las investigaciones para mantenerlo, conservarlo, llevar a cabo las transferencias de memoria y, en último término, la clonación de su cuerpo a partir de las escasas muestras en buen estado, son las que han

consumido de manera constante e ininterrumpida los recursos...

—Los hospitales son fuente interminable de recursos...

—Cuando son ortodoxos, quizá... En nuestro caso, hablamos de prácticas en el borde, de pruebas de control con voluntarios a quienes se les pagó por arriesgar sus existencias... Y gran parte de los recursos no declarados a Hacienda se han ido en reparaciones de sus cuerpos robóticos. Y en corregir los defectos de clonación hasta obtener ese cuerpo impecable.

—Este cuerpo impecable está lleno de defectos...
—protestó Alejo.

—Permítame disentir... y explicarle. Estamos conscientes de sus quejas, pero puedo asegurarle que todas las pruebas demuestran una salud excelente y un espectro auditivo, visual, táctil y del sentido del gusto en el tope superior del registro humano...

—¿Cómo...?

—Siempre temimos esta parte. Usted mantiene recuerdos puntuales de su paso por los cuerpos robóticos... Es decir, de su experiencia con sentidos mejorados. No es de extrañar que le parezcan burdos los sentidos humanos. Sólo para poner un ejemplo, en su último cuerpo robótico usted tenía la posibilidad de ver en infrarrojo y ultravioleta, de captar sonidos de forma más aguda que el más especializado de los depredadores. Lo que ahora experimenta es la simple gama de sensibilidades humanas, cosa que usted expresamente pidió reproducir.

Alejo lo miró, con la boca abierta. Una docena de

réplicas y contraargumentos se le vinieron a la cabeza sin atreverse a vocalizarlos.

—Si a eso agregamos sus expansiones de memoria cibernética y la conectividad, a voluntad, de su ser con la red... empezará a ver de dónde proviene ese diferencial que ahora le resulta decepcionante —puntualizó Alberto Hohenheim—. Puedo asegurarle que en todo momento seguimos al pie de la letra sus deseos...

La rabia inundaba a Alejo. Una que se volvía contra sí mismo, se retroalimentaba para emerger sobredimensionada.

—Supongamos que creo toda esa explicación... ¿Cuál es el maldito secreto que puede salvar a las compañías?

—No estoy seguro de que todas sean salvables. Su fortuna podría recuperarse en gran medida si empezamos la venta de las patentes más simples y reinvertimos todo eso en el servicio de clonación y traslado de memoria. Entenderá que el traslado de recuerdos no puede venderse en exclusiva, que debemos mantener la posibilidad de uso...

—Mierda... —gruñó Alejo.

—Los elevados costos también se relacionan con la compra de patentes previas a laboratorios e investigadores independientes y al cumplimiento de los protocolos mínimos necesarios para el adecuado desarrollo de la ciencia y la tecnología que lo ha vuelto a ser un humano completo.

—Maldito capricho, el mío —gruñó Alejo Saer—. Pero si a esas vamos, pedí mi cuerpo al menos un lustro más joven.

—Usted ha relatado esa sensación de vacío, una gran laguna de memoria... Bueno, primero, para evitar decadencia acelerada, su cuerpo debió cumplir los veinticinco años que usted solicitara como edad ideal... de forma natural, antes de realizar la transferencia de memoria...

—Pero...

—Tardó dos años en despertar. Lo hizo a tiempo, antes de que intentáramos la nueva transferencia de memoria al segundo clon.

—¿Cuántos están en reserva? Envejeciendo...

—Sólo dos más... Cada uno dos años más joven que el anterior...

—¿Y no considera que ese despertar tardío es una clara muestra de una falla grave?

—En lo absoluto, don Alejo. El problema está bien identificado y es irresoluble: para alguien como usted que ha pasado tantos años manipulando cuerpos robóticos, adaptarse otra vez a la simple carne era un reto que logró superar... Pensamos que para alguien recién accidentado, en caso de la venta del procedimiento al público, el despertar debiera ser inmediato. Usted es nuestro vivo ejemplo de éxito. Me parece que su triunfo comercial queda garantizado...

—Eso implica hacer pública la historia...

—Por supuesto, don Alejo. Ésa es la clave y la estrategia, por eso necesita revisar estos contratos y aprobarlos y/o sugerir mejoras...

—Ya veo por qué no decían nada las enfermeras...

—Seguían órdenes, como todos aquí... Excepto usted, claro está...

—Gracias, Alberto... Por favor, déjenme los docu-

mentos y la computadora... necesito revisar esto a fondo...

—Por supuesto, don Alejo... Todo está en esta computadora... Le comento que carece de conexión a internet... Ya sabe, con la frecuencia de los espionajes empresariales y de los *hacks* no podemos arriesgarnos a que algo de esta información se filtre...

—Gracias. Lo entiendo y aplaudo; ahora, si me permiten, necesito estar solo.

Alejo los miró recoger sus pertenencias con celeridad, y, sin embargo, la sensación de que demoraban demasiado, de que todo iba directo al naufragio, no dejaba de crecer ni un solo segundo.